

Advenimiento

J. A. Gómez



Capítulo 1

El despertar difuso

¿Dónde poder ocultarme en esta mole de hierros retorcidos y hormigón desnudo? ¿Adónde acudir rápidamente engañando al mal que me acosa? ¡Solamente a veces! Destrucción y caos; montañas de basura depositadas en la lejanía, más allá incluso del alcance de mis pupilas...

Apuro el paso, acelerándose los latidos de un corazón que tranquilamente podría ser el mío. El aire no es puro y la humedad persiste en pieles forjadas. No hay consuelo para almas subastadas ni para individuos rindiéndose en plena lucha...

Al borde sin aristas despliego alas emplumadas. Aleteando como un abejorro aterrizo en la azotea de la mole más elevada. Desde aquí oteo el submundo que flota por no hundirse. Es enorme en extensión distendida. Gigantescos muros laberínticos acotan a curiosos que de ser algo serían personas de dos pies; casi normales, casi creíbles...

Es mi sueño así pues no marco yo las pautas a seguir. Debo dejarme llevar cuesta abajo y cuesta arriba. Entonces mis alas se descuelgan y en la desventura termino cayendo al vacío. Éste ha sido relleno con despojos; cuchara a cuchara, palada tras palada... ¡Huecos cubriendo agujeros!

Nunca es completa la alegría del desdichado ni incompletos sus días de carencias. ¡Me reconforta saber que mi estupidez no es mayor que la del resto de personas!

Intento seguir camino, aún antojándoseme dificultoso. Pies de plomo pisando superficies dadas la vuelta ¡ideal cordura! A cada paso se hunden mis pies tanto como mis ideas mientras apremio envolverme en telas roídas.

Terminaré desapareciendo cuan hombre menguante, fusionado con hierros oxidados que no paran de quejarse. Escalofrantes al tiempo que deleznales son sus voces metálicas...

¿Sirve para algo la acción del deseo? ¿Alguien espera al otro lado de la vida? No tengo respuestas porque nadie aguarda nunca al otro lado de la vida. Mi tronco inferior se ha materializado en herrumbre, no pasarán muchos minutos antes de que yo, como entidad individual, sea etéreo y oxidado recuerdo.

¿A quién le importa? ¡Ni a éste que soy yo! Persona después del personaje, esquivo e irrisorio. Posiblemente viviendo en esta psicosis

generada por insustanciales raciocinios...

Únicamente la cabeza permanece libre cuando la dejan en su sitio. Todo cuanto es callado adhiere un ladrillo más entre el hormigón y el hierro. De ser creyente me pondría a bien con el todopoderoso; riéndome en su cara hecha de sarcasmo y azufre...

Mi hora, marcada en el reloj de la pasada juventud, ha llegado hace tiempo. ¿O no? Súbitamente un campo de margaritas me recibe afable. Sea siendo tumulto de hierba y té verde, lontananza; puntos amarillos al descubierto y puntos blancos cubriendo negros. Sea al serlo humedad, otrora carcelaria, ahora benefactora. Ha lugar a fragancias de jazmín y rosas...

Tumbado contemplo el cielo sellado en azul. ¡Respeto ante semejante derroche! Pálidas nubes pintan figuras aleatorias a las que voy sacando parecidos razonables. ¡Cuán divertido juego de niños! No podría estar en mejor ubicación. Y es que pertenezco a esta esfera. Lo sé porque siento su piel pétrea tanto como la mía de cera caliente...

Relajado me adormezco cuan bebé despegado de la cuna. Panza llena, gáznate a rebosar y poco más. Sin embargo obsequiádme con más manjares pues saciado estoy del estómago que no del alma...

No podría ser más feliz en mi desdicha. No obstante como sea que lo bueno termina, aquí acaba esta reflexión sin comienzo y ciertamente justa de sentido.

Tras retomar conciencia de mis sentidos ya no existe prado ni té verde; tampoco puntos amarillos ni blancos... ni tan siquiera negros. No cabe fragancia a jazmín, rosas ni razonables parecidos en las nubes...

Me he dejado entrevistar por el Acosador sombrío. Éste llegó a mí en forma de expansión sensorial remota. Realmente no hubo tal mole de hierro y hormigón; sólo aquello que quise ver entre el espacio de lo que fui y de lo querría haber sido...

Me agarró la perdición del sofoco, engañándome con insinuantes falsedades. ¡Desperdicio de sinvergüenzas! Ahora que lo sé maldigo la sangre del mentor, flagelando mis descarnadas carnes... Consentido necio.

Sueños enredados a largos tallos espinosos. Mis reminiscencias despotrican al gusto; de primeras se me hacen incomprensibles mas para cuando llego a interpretarlas ya me encuentro en la vorágine de una nueva era...

iEl despertar difuso! Esta noche no habrá mentiras pero sí verdades que distarán mucho de serlo...

Capítulo 2

Giros de peonza

«No tengo espíritu de líder ni tampoco podría comportarme como tal». Así reza el cartel pegado en la puerta del armario. Abajo un número de teléfono que resulta ser el mío...

Voy por la carretera rural más urbanita. Es tarde, una bruma rojiza envuelve la contorna. Coches de combustión espontánea circulan pegados al asfalto. Gozan de singular penitencia al abrigo de las farolas, éstas cosquillean la madrugada con sus luces led de fillos aserrados.

Esta noche fría y pesada se muestra igual que gotas de rocío resbalando por los pétalos de una rosa. Bruma extensiva y opresora que no permite salir del infierno sin haberlo apostado todo a una carta.

En mi bicicleta, sin cadena, apenas puedo ver las líneas de la carretera pero ¿qué falta hace cuando es mi instinto quien lleva el manillar? Pedalada que va y pedalada que viene. La distancia larga se ha hecho amiga del trecho corto empero cuanta fatiga entremedias. Tan fluidas y constantes son mis impresiones que ni bebiendo de bocas acuosas saciaría mi sed. Alguien toca el timbre y sin tiempo a corresponder aparezco en el interior de una cueva-bodega...

Barricas de roble con olor a vino picado, botellas apiladas sin sentido y de cualquier modo; algunas rotas. Su contenido esparcido por el suelo ha creado varias charcas de uvas tintas y uvas blancas. En una de las paredes cuelga un paracaídas. Tan a ras de tierra sé que no se desplegará...

Botelleros vacíos y olor a madera podrida. Un par de botas viejas, bagazo perdido en el interior de los capachos; embudos de plástico rígido y monos de trabajo raídos por las estaciones...

¡Agárrate al amanecer que arrancamos! Estar en esta bodega no es mejor que verse atrapado dentro de aquella bruma rojiza... ¡Se me ha pinchado la rueda trasera!

Me quedo despierto una vez más pues busco seguir dormido. La ¿quincuagésima vez? Para cuando me empujan me veo en el interior de un avión militar. Uniformado y preparado para lanzarme al vacío me miro de pies a cabeza. La luz verde se enciende dentro de mis pupilas y tras el inoportuno empujón me arrojan fuera del aeroplano...

¿Quién diría que estoy cayendo? ¡Quién afirmaría tal hecho!
¿Dónde he dejado mi bicicleta de dos ruedas y tres usos? Floto en las

alturas como una pluma dejada caer desde un rascacielos. El terreno se ve coloreado. Parcelas, ríos, tráfico, gentío, todo minúsculo y mayúsculo según pierdo altitud.

Tiro de la anilla para abrir el paracaídas... El aire huele a bodega excavada en la piedra. Un subidón de adrenalina acompañado de una gota de sangre en mi nariz me hace ver que sigo de una pieza. Soy un pájaro y como tal planeo...

En este momento aplaudo con fuerza a los valientes paracaidistas porque formo parte del público allí congregado para ver la parada militar. ¡Qué emocionante! Aquellos hombres de arrojados mil, formando una coral perfecta en sus movimientos. ¡Qué sana envidia! Mataría por ser uno de ellos pero me faltan agallas...

Me consuelo yendo a mi nevera portátil. Al abrirla las botellas de vino se han roto, disparándose el olor a vino agriado. Lágrimas rebeldes se niegan a quedarse en mis ojos y corren mejillas abajo para mezclarse con la bruma rojiza...

¡He vuelto a pinchar la misma rueda! Casi no veo la carretera... ¡Qué cerrada la noche cuando carece de puertas!

Poco gratificante el soñador enjaulado en constantes despertares. Se ha resquebrajado el cartel pegado en la puerta del armario y entonces isuena el teléfono!...

Capítulo 3

La lenta agonía del olvido

La ciudad está completamente destruida por las bombas que incesantemente caen desde las mortales alturas. Si no las cuento por docenas no cuento ninguna. Anhelos, ideas y proyectos de futuro quedan incinerados en un instante.

Proyectiles que a todas luces ya no pueden hacer más daño porque nada queda en pie. Soy líder de los supervivientes y ahora mismo los guío a través de alcantarillas repletas de ratas, cadáveres y olor a muerte. Creen ciegamente en mí porque me ven como el salvador venido de la desesperanza. Si supiesen que yo tengo mucho más miedo que ellos...

Tal vez sus expectativas, las pocas que puedan quedarles, los empujen a creer ciegamente en algo. Una suerte de esperanza que late intensa hasta que deja de hacerlo. En realidad yo soy incapaz de salvar a nadie, ni siquiera a mí mismo...

Sin embargo aquí estoy. Último bastión al que aferrarse con uñas y dientes cuando todo lo demás se ha fraccionado. Yo, impostor hecho héroe por una serie de casualidades que no vienen al cuento...

Cuanto existe en derredor se va muriendo. Cada centímetro de humanidad reducido a trizas; cada jirón de metal ha perdido su ocasión de contar historias de décadas pasadas. Lo que queda de nosotros suplicamos al cielo mas Dios ha dejado de existir fuera del papel y de la palabra...

Estoy acomodado en un tren, sentado al lado de la ventanilla. Veo el paisaje pasar como líneas entremezcladas sobre una paleta gigante. He abierto los ojos y con este gesto natural dejo de ver muerte y desesperación en las miradas ajenas. Ya no soy ese líder de barro aguado que conozco tan bien. Solamente un hombre de a pie sin grandes pretensiones, agarrando firmemente el sombrero pues no vaya a ser que una traicionera bocanada de aire me lo quite...

Voces de otros pasajeros dialogan a tenor de cierta guerra en ciernes. Niños alborotados juegan al escondite mientras charlatanes vivaces intentan colocar artilugios milagrosos para afrontar los malos tiempos que juran están por venir.

Un ligero traqueteo aletarga mis sentidos. Bajo la cabeza, retiro la mano del sombrero y éste permanece en su sitio. La modorra fácilmente me vence. Diviso rostros anónimos pálidos y enfermos; manos huesudas implorando un apretón y cuerpos hambrientos muriendo en la lenta

agonía del olvido...

De repente una concatenación de enérgicos retumbos me hace regresar de la mala siesta. Caen bombas por todas partes. Mi sombrero se va al suelo y mientras rueda es pisoteado. El tren se ha detenido a tiempo. Las vías han saltado por los aires unos metros más adelante...

Los pasajeros gritan sin voz y con ella. Gente aterrada apura por los corredores sin piernas y con ellas; con o sin pies, sin saber adónde ir. Los más débiles fallecen pisoteados.

Las bombas explotan en boleros y pasodobles. Yo aquí prosigo, buscando mi valor y mi sombrero. Yo, líder incapacitado siento que los he conducido a la expiación de sus pecados. El tren salta por los aires al mismo tiempo que corremos como condenados por las alcantarillas... La muerte acecha en cada recoveco...

Capítulo 4

El recto camino

El camino está parcialmente pavimentado. Árboles a ambos lados, descuidados y retorcidos. Al final lo que semeja una catedral o lo que de ella queda. Cantos y cuatro tejas cuelgan de puntales podridos...

En su interior tal vez aguarden almas en espera de ser atendidas. Me pierdo varias veces en aquel lugar intrincado. Demolido sí, pero al mismo tiempo lleno de incuestionable belleza salvaje.

Paso por adoquines gastados y ligeramente levantados. Dejo atrás piedras en los márgenes y piedras tiradas de cualquier manera en el patio. Cuento lo menos tres portales de hierro forjado que no sirven para nada. Veo una escalera que desciende, otra que algún día ascendió y sobre todo musgo a manos llenas...

Pero ya no, en este momento estoy perdido mientras subo, sin saber el porqué, una colina de tierra desnuda. ¿Qué me impulsa a tal labor? Es que no recuerdo haber llegado a tal punto ni a esta situación.

En la cumbre oteo el océano; magnífico, calmado, resultón. Más allá un islote, un faro y una pequeña embarcación de recreo...

El cielo persiste en su color celeste monótono y la tierra en su apagado verde. Me apetece echar una cabezadita iclaro que sí! Para cuando alzo los párpados emerge de las aguas un enorme monstruo marino que viene directo hacia mí. Por el camino crea olas gigantescas que se desplazan furiosas por los costados.

Alerto a los demás pero estoy demasiado lejos para que puedan escucharme. Les hago gestos empero no me ven pues he subido tan alto como Ícaro. Quizás aún viéndome me tilden de loco porque allí nadie se inmuta. Tal vez no haya monstruo, o no más que yo mismo o cualquier otro...

Paso a paso voy por la acequia que riega los campos de trigo. ¡Qué calor! Hago equilibrio con los brazos para no caerme. El paso es estrecho y tal cual está, rodeado de vegetación, apenas sé si apoyo correctamente los pies iintensa intranquilidad! Zarzamoras y tojos amenazan con sus espinas al metiche de turno que como no sabe qué hacer no hace nada. La tierra entre seca y mojada emana aires a campo.

Curvas y más curvas pegando la acequia al suelo. Prosigue la vegetación enrabetada; el extraño olor a mar sin vida y esta persistente humedad que entumece juncos y huesos. Calor y sequedad van con la primavera

casual; viento y sal con el otoño entrante empero ¿y yo? ¿Con quién voy yo si el camino está parcialmente pavimentado?...

Allá termina la acequia pero no lo hace en los campos de trigo sino bajo el arco de un puente tendido, a su vez, bajo las vías del tren. ¿Será cierto? Me espabilo de la siesta a tiempo para ver un pequeño barco varado en la arena. La luz del faro se enciende y entonces incrédulo veo a un enorme monstruo venir hacia mí...

Corro, huyo sin mirar atrás hasta que me fallan las fuerzas. El reflejo del sol se disipa, el monstruo con él. Vuelve a ser lo que siempre fue, un islote. Los restos de la catedral comienzan a recomponerse lentamente. La espera de las almas, en su interior aguardando, parece estar a punto de concluir.

Repentinamente el océano se va secando, la colina derrumbando y yo no puedo escapar de esta apremiante locura por culpa de tres portales de hierro forjado. ¡No servían para nada! ¡Os juro que así era! Mas me están cerrando las salidas...

Capítulo 5

El hombre del saco

Alguien me persigue así que huyo hacia la caverna de roca. Allí dentro las estalactitas crecen en el suelo; las estalagmitas salen del techo y el agua discurre a contracorriente...

Confío en despistar a este inoportuno acechador que busca convertirme en lo que no soy. Cambio de tercio y me pongo a pensar... No recuerdo dónde he aparcado el coche. Creo haber estado medio día tratando de dar con él mas resulta misión imposible al tratarse de un vehículo corriente; amigo de las averías.

Me seducen las pequeñas y grandes calles llenas de gente. Calles angostas sin salidas cómodas marcadas por un intenso olor a orines. La plaza mayor está ahí, llena de piedras levantadas, pozas de agua, locales de mala muerte, bares de perdedores y tiendas con el cierre echado. ¡La vida misma!

Entonces me veo en la gran avenida. No ha cambiado demasiado en estas últimas décadas. Edificios modernos, personas modernas y todo lo moderno que uno pueda imaginarse para sentirse tan cómodo como servil.

Arranca a llover y lo hace con cerril indiferencia. La lluvia limpiará las ciénagas, incluyendo criaturas de dos patas arrastrándose por ellas. Están como en casa, pisando la alfombra de bienvenida...

Los faros de los coches apuntan con sus luces a los escaparates. Fíjense, lo último en moda, por descontado sin rebajas pues hablamos de glamour, no de vulgaridad...

El gentío camina aprisa, sorprendidos por el repentino aguacero. Bocinas chirriantes piden paso y yo, tras pestañear, resulta que estoy sentado en un banco del parque. Alguien ha pintarrajeado un muñeco y éste me mira con sus dos círculos, mal hechos, que pretenden ser ojos. Me río de él y el condenado me abofetea con un rectángulo que hace de mano...

Entro en una nueva ensoñación. Observo piratas con sus chafarotes en ristre; un espantapájaros enganchado al tabaco y tres prostitutas discutiendo con sus chulos, navajas en mano. Veo drogaditos compartiendo jeringas para darse el último viaje antes de levitar hacia ninguna parte. Veo un gato sin bigotes que maúlla como un perro; una serpiente fuera del cesto y a un ciego que, sin manos, intenta meterla

dentro...

El aire me rodea y el suelo me asfixia a ras de tierra. Lo lejano llega a mí como murmullo retirado. Eco de algo volviéndose alguien. ¡Despierta! ¡Despierta! Una sombra me está zarandeando insistentemente ¿qué querrá?...

Percibo frío y calor, al mismo tiempo. Escucho el sonido de una gota de agua cayendo lentamente desde el techo. El viento masajea un rostro, tal vez el mío porque los de los demás tienen más cara que espalda. Luz trémula, vas y vienes al son del descompás, rebotando en las mejillas pálidas. Quizás de igual modo sean las mías o tal vez no. Me las toco y ¡bingo! Están donde tienen que estarlo...

¡No! ¡Maldita sea! ¡Esa cosa vuelve a perseguirme!

La cueva de roca ya no es segura; debo abandonarla. Salgo afuera con la incerteza del leproso. Echo a correr y lo hago entre las sombras y luces de una ciudad que zapatea sin zapatos.

Locales del vicio, conductas barriobajeras y miradas de desprecio. Nadie se fija en el corredor porque tiene dos piernas y un chándal como cualquier otro deportista...

La lluvia pega sobre los vehículos aparcados en el funesto callejón. ¡Aquél es el mío! ¡Vamos! Me meto dentro, echo el seguro y la mano al contacto. Sin embargo no arranca porque es hijo de los años y hermano de las averías. Claro ¿qué podía aguardar? El maldito perseguidor me caza y lo hace sin más dicción que el tono definitivo en el canto del colibrí... ¡Belleza suprema!

Se prenden las farolas al filo de la noche. Lluvia tamizada, antros deleznable, vidas atareadas y rutinas en plan martillo pilón...

Gran avenida, con el bullicio de tu gente no puedes escuchar mis gritos. Me despierto para continuar picando entre sueños. Ya soy lo que no quería ser... ¡Perverso acechador! ¡Te has salido con la tuya!

Capítulo 6

Tiempo de escuela

Qué lejos queda el colegio. Como para llegar a él en un abrir y cerrar de ojos. Cuanto más ando el camino éste más se empeña en estirarse como pulseras de goma.

Cada paso me aleja del centro educativo. ¿Merece la pena ser consciente de ello? La ruta toma valor infinito si bien es así a ojos de jovenzuelo.

Estoy en clase de geografía. Intento señalar en el mapa que cuelga de la pizarra un punto concreto. No lo sé hacer; no sé ubicarlo y me quedo en suspenso, latente e inactivo...

Oteo por la ventana a una mujer del rural que transita por la calle con paso apurado. ¡Qué envidia me embarga! Ella no se haya abstraída como yo. Sabe perfectamente hacia dónde va. En cambio yo no sé nada; mucho menos localizar un estúpido punto en el plano...

La profesora se impacienta, mis compañeros se burlan y yo me quiero morir al ser protagonista del ridículo del día. El ventanal es mi escape hacia la libertad, cosa que nadie podría entender. Mas hay que ser adulto para abrirla y volar libre...

Chimeneas por todas partes, son una plaga descontrolada porque en derredor no hay más que cascotes de lo que un día fueron el resto de paredes. Y aún así expulsan humo en diferentes direcciones, asfixiando mis pulmones. ¡Respetadme pues todavía no soy hombre hecho y derecho!

Coníferas alrededor del vallado, riachuelo en la pendiente; casas cercanas y hogares lejanos. Nervios de niño al ser incapaz de realizar aquella tarea encomendada... ¡Qué lento pasa el tiempo!

Relámpagos de fósforo prendiéndole fuego al cielo. ¿Y el punto en el mapa? La letanía me esclaviza transportándome a mundos de fantasía donde no hay colegios ni profesoras; tampoco compañeros ni ventanas.

Poco más que trayectos nocturnos sin ningún tipo de final. Filamentos de libertad abrazando la susodicha. Ésta oculta premeditadamente su vil condición. No lo comprendo pero sé que es totalmente cierto...

¡Vete ensoñación! Retírate para que de buena vez pueda patear la vía, haciéndolo con mis piecillos de infante.

Calzado pequeño, fácilmente reconocible en pie de niño. Apuro a la pata coja pues tengo mal un tobillo. Raudamente corro cuanto puedo y de alguna manera siento que fluyo desde dentro hacia afuera.

El timbre acaba de sonar y aún no he llegado. Ventanal con cristal y cristal a un ventanal pegado como diría, aplicado a este supuesto, Quevedo.

Allá me ven llegar, a la pata coja, con mi mochila y mi chándal listo para la hora de gimnasia.

A lo lejos un adulto apresurado. Las clases han terminado por hoy. El punto en el mapa queda también en espera. Mañana será otro día. Seguirán riéndose de mí pero ¡ay! Para entonces sí sabré situarlo...

¡Ya he llegado hijo mío! La mujer rural me abraza y me besa. Lleva botas de agua y un paraguas por si llueve. ¡Claro que sí madre! Yo le correspondo con más abrazos y besos al tiempo que nos vamos para casa. Sí, tiene las paredes intactas y también chimenea...